

tenemos el compromiso teórico y social de entrar a la discusión historiográfica suscrita por cientos de historiadores de todo el mundo, misma que el Manifiesto recoge en cuatro vertientes muy claras: Metodología, Historiografía, Epistemología y Sociedad. A continuación haré una breve sinopsis de cada una de las cuatro vertientes.

Metodología. Está integrada por cinco propuestas que ponen el acento en la ponderación y equilibrio entre la historia objetivista de Ranke y la historia subjetivista de la posmodernidad, para poder arribar en el nuevo siglo que comienza a la doble definición de la historia, como ciencia social y como parte de las humanidades que deseamos. Una nueva y plural erudición que amplíe el concepto de fuente histórica a la documentación no estatal, a los restos no adscritos de tipo material, oral o iconográfico y a las no fuentes. Porque la historia se hace con ideas, hipótesis, explicaciones e interpretaciones, que nos ayudan además a construir/descubrir las fuentes.

Urge un nuevo paradigma que recobre el prestigio académico y social de la innovación en los métodos y en los temas, en las preguntas y en las respuestas, en resumen, en la originalidad de las investigaciones históricas.

Para ello habrá que considerar que nada histórico nos es ajeno, que es necesario avanzar mediante el mestizaje y la convergencia de los métodos y los géneros, llenando los odres viejos con vino nuevo, desde la biografía hasta la microhistoria, prestando atención a las necesidades científicas y culturales, sociales y políticas, de una sociedad sujeta a una profunda transformación.

La nueva historiografía que se propone ha de acrecentar la interdisciplinariedad de la historia, pero de manera equilibrada. Es menester tender puentes que comuniquen el vasto archipiélago en que se ha convertido nuestra disciplina en las últimas décadas. Al mismo tiempo, la historia ha de intercambiar métodos, técnicas y enfoques, además de con las ciencias sociales, con la literatura y con la filosofía (de la historia y de la ciencia sobre todo), por el lado de las humanidades; y con las ciencias de la naturaleza, por el lado de las ciencias. Sin olvidar las disciplinas emergentes, que tratan sobre las

nuevas tecnologías y su impacto transformador en la sociedad, la cultura, la política y la comunicación.

El fracaso de la “historia total” de los años sesenta y setenta abrió la vía a una fragmentación de temas, métodos y escuelas, acompañada de crecimiento y caos epistemológico, que pareció detenerse en los años noventa y resulta cada vez más anacrónica en el mundo que viene, basado en la interrelación y comunicación global. Nuestra alternativa es avanzar, en la práctica historiográfica, a nuevas formas de globalidad que hagan converger la investigación histórica atravesando espacios, géneros, y niveles de análisis.

Historiografía. Esta vertiente se compone de siete propuestas que inciden en la necesidad de indagar al propio historiador en aras de la objetividad histórica. ¿Cómo? Mediante la integración de individuos en grupos, escuelas y tendencias historiográficas, implícitas y explícitas, que condicionan, se quiera o no, la evolución interna de la historia escrita. Estudiando a los historiadores y a las historiadoras por lo que hacen, no sólo por lo que dicen, por su producción, no sólo por su discurso.

La iniciativa historiográfica está hoy más al alcance de todos. Las comunidades transnacionales de historiadores, organizadas en Internet, juegan ya un papel importante en la formación de nuevos consensos en detrimento del anterior sistema de dependencia de unas historiografías nacionales de otras y de intercambios académicos elitistas, jerárquicos y lentos. Es necesario recuperar la autonomía crítica de los historiadores respecto de los poderes establecidos para decidir el cómo, el qué y el porqué de la investigación histórica. Ello exige: reconstruir tendencias, asociaciones y comunidades que giren sobre proyectos historiográficos, más allá de las convencionales áreas académicas; utilizar Internet como medio democrático y alternativo de comunicación, publicación y difusión de propuestas y publicaciones; observar la evolución de la historia inmediata, sin caer en el presentismo, para captar las necesidades historiográficas, presentes y futuras, de la sociedad civil local y global.

La vía más nociva para imponer la propia tendencia historiográfica, normalmente conservadora, es negar que existan o

deban existir tendencias historiográficas. Nos oponemos a hacer tabla rasa de la historia y de la historiografía del siglo XX. El reciente retorno de la historia del siglo XIX hace útil y conveniente recordar la crítica de que fue objeto por parte de Annales, el marxismo y el neopositivismo, aunque justo es reconocer también que dicho “gran retorno” pone en evidencia el fracaso parcial de la revolución historiográfica del siglo XX que dichas tendencias protagonizaron. Por lo tanto, nunca fue tan crucial, como hoy, continuar explicando la historia con enfoques avanzados -también por su autocrítica- desde la enseñanza primaria y secundaria hasta los cursos de posgrado. La historia futura estará condicionada por la educación que reciben aquí y ahora los historiadores futuros: nuestros alumnos.

Teoría. Es esencial para el historiador pensar el tema, las fuentes y los métodos; las preguntas y las respuestas; el interés social y las aplicaciones teóricas; las conclusiones y las consecuencias de una investigación. Somos contrarios a una “división del trabajo” según la cual la historia prevé de datos y otras disciplinas reflexionan sobre ellos (o escriben relatos de amplia difusión). Nuestra meta es que el historiador que reflexione intelectualmente haga trabajo empírico, y que el historiador que investiga con datos concretos piense con alguna profundidad sobre lo que hace, obviando así la fatal disyuntiva de una práctica (positivista) sin teoría o de una teoría (especulativa) sin práctica. La aceleración histórica de la última década ha reemplazado el debate sobre el “fin de la historia”. Las comunidades de historiadores han de contribuir pues a construir una “nueva Ilustración”, que aprendiendo de los errores de la historia y la filosofía, piense teóricamente sobre el sentido del progreso que hoy demanda la sociedad, asegurando a las grandes mayorías del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, el disfrute humano y ecológico de los avances revolucionarios de la medicina, la biología, la tecnología y las comunicaciones.

Sociedad. El primer compromiso político de los historiadores debería ser reivindicar, ante la sociedad y el poder, la función ética de la historia, de las humanidades y de las ciencias sociales en la educación

de los ciudadanos y en la formación de las conciencias comunitarias. El nuevo compromiso que preconizamos es diverso, crítico y con anhelos de futuro. El historiador y la historia han de combatir, desde la verdad que conocemos, aquellos mitos que manipulan la historia y fomentan el racismo, la intolerancia y la explotación de clase, género y etnia. Resistiendo, desde el conocimiento del pasado, los futuros indeseables. Cooperando, y rivalizando, con otros científicos sociales y humanistas en la construcción de los mundos históricamente mejores, como profesionales de la historia, pero también como ciudadanos. La caída de las filosofías finalistas de la historia, sean éstas socialistas o capitalistas, ha puesto de relieve un futuro más abierto que nunca.

El historiador ha de asumir un papel en su definición, con sus experiencias y argumentos históricos, con hipótesis y apuestas desde la historia. Edificar un futuro sin contar con la historia nos condenaría a repetir sus errores, a resignarnos con el mal menor o a edificar castillos en el aire. La historiografía depende de los historiadores y de la historia inmediata. El cambio de paradigmas historiográficos que venimos proponiendo, desde 1993, cabalga sobre los cambios históricos acelerados iniciados en 1989. Entre diciembre de 1999 (Seattle) y junio de 2001 (Génova) hemos observado los comienzos de un movimiento global sin precedentes, contra los estragos de la globalización, que busca ya alternativas de sociedad: el pensamiento único es ahora menos único. Son muchos los que califican de cambio de civilización la globalización y sus críticos, la sociedad de la información, la nueva revolución científico-tecnológica y el movimiento social global: no es fácil entrever lo que nos depara el mañana pero hay razones para la esperanza. Todos debemos colaborar.

El Manifiesto nos induce a reflexionar y a discutir desde perspectivas diversas de cara al siglo XXI, el estado que guarda la historia y los historiadores, a partir de una posición tolerante e incluyente. Estas consideraciones nos recuerdan algunos pendientes de la práctica historiográfica mexicana, que hace algunos años planteó el Dr. Enrique Florescano: priorizar por su importancia en la investigación histórica mexicana, tres líneas fundamentales. 1º La

composición de un diccionario de historiadores mexicanos, que incorpore sus datos bio-bibliográficos básicos y la información sustantiva sobre sus métodos, interpretaciones y aportaciones. La elaboración de una enciclopedia de las escuelas y corrientes historiográficas mexicanistas, en la que se ordenen las principales corrientes teóricas, metodológicas, científicas e ideológicas que han intervenido en la reconstrucción del pasado mexicano, tanto propias como externas. Recoger en una sola obra los principales ensayos sobre la historiografía mexicana, para hacerlos accesibles a los estudiosos de la historia. A estas tareas pendientes por hacer en el taller del historiador mexicano, se le podrían añadir otras más, como sería el replanteamiento metodológico de los estudios regionales en el contexto de una historia general de México. En fin, el Manifiesto Historia a Debate nos da a los historiadores una oportunidad para replantear las condiciones de nuestro campo de estudio, en los albores del nuevo siglo.

